

El Pájaro Cultural

N° 113 Octubre del 2017

Publicación del Noroeste \$ 30



La Gioconda Chapaca: Pintura del artista tarijeño Benito Guarachi.

La Saga de Teresa y Juan

Rafael Flores Montenegro

Ilustraciones de Nicolás Picatto

“Te voy a contar una historia, si cabe entre nosotros. Somos amigos de años y sé que de esto aún no conversamos. Si te empieza a pesar la corto”, dijo Juan. “Tiene cierto aire de irrealidad o de sueño, mejor dicho, y creo entenderás de dónde viene”.

Ahora intentaré no olvidar nada de lo contado por mi amigo que, como todos, pone énfasis en ciertas cosas, las magnifica. Y en otras pasa de puntillas. ¿O será que ante ciertas situaciones nos damos a desbarrar como parece que lo hiciera la misma realidad? Dicho de otra manera, ¿nos invitarán las circunstancias? Trataré de salvar esas falencias para que cada uno –en lo posible– pueda hacerse una idea entera del hecho.

Juan había ido al Museo de Arqueología un domingo de esos que uno se alegra en poder elegir qué hacer. Estaba dentro ya, cuando recibió el mensaje con la lacónica noticia. Era el nombre de Teresa y quien se lo enviaba no podía referirse a otra persona que no fuera ella. Instintivamente, aturdido o sonámbulo, se puso a buscar su figura en el perfil de ánforas y jarrones de pintura negra o roja donde los griegos marcaron las fiestas de Dioniso. ¿Por qué allí? Estaba en el área de culturas clásicas y, como atolondrado, se preguntó: ¿no podría asimilarse ella a una ménade o algo así, si amaba el vino y algún estupefaciente suave para exaltar los sentidos? La buscó con la extraña intención de que estuviera allí, un parecido al menos entre las figuras que conversaban,



cantaban o danzaban. Merecía estar recordada aunque fuese en la cerámica rústica, anterior, cuando empezaron a hacerse vasijas y les estamparon un dibujito que indica: los griegos no somos meramente utilitarios, la diosa de la belleza nos acompaña a todos lados, alienta nuestra respiración, empuja una taza cuando bebemos la hierba hervida, hiere con nosotros al que llegó para echarnos de la tierra donde hicimos el hogar.

Anduvo un largo rato en ese propósito hasta la hora en que debió marcharse. No contó nada más del día pero sí que a la noche soñó que iba con ella de la mano por una ciudad desconocida en la edad del sueño, y que era probablemente Madrid. Por la mañana anduvo impregnado de ella, con “su presencia como una sombra fresca y perfumada” en la saga del verano. Cuando hablamos repitió varias veces que no quería hacer una necrológica, que iba a tirar para adelante y conminaba a escucharlo sin preguntar por su desenlace. Se habían conocido no recuerdo en cuál circunstancia y al poco tiempo ella lo invitó a su departamento-estudio sin saber quién era él, lo que fuera entonces. Allí empezó a conocerla realmente. Supo que le llamaban “La Culito”, porque dijeron que tenía el culo más bello de la Organización donde militaba según ella misma se lo contó azorada por el machismo de los compañeros. Para sus adentros, Juan escuchó el relato sin comentar nada, pero pensando que tal vez aquellos compañeros tuvieran razón. Luego también supo que era muy valorada en el minúsculo y aguerrido partido, que le llamaban “la chica metralleta” por su valentía en algunas acciones exitosas, de las que ella abjuró

después, sistemáticamente.

Teresa leía mucho y se empeñaba en corregirle incipientes escrituras que él le mostrara en su deseo de convertirse, algún día, en escritor. Familiarizada con la literatura contemporánea le regaló unos cuantos libros fundamentales, de los que abren camino de futuro. Les ponía alguna dedicatoria íntima a la vez que general, firmada por la figura de un gato o gata. Para mi amigo que llegaba del vientre de las fábricas y del horror de las cárceles de la Dictadura, con el consabido atraso de quienes viven con el reloj detenido en un momento de la existencia, aquello era una bendición. Teresa significó la primera entrada en el mundo de los buenos libros, aquellos que se conservan para siempre. Más aún, ella que era feminista, puntualmente le fue puliendo aristas tributarias de torpezas patriarcales desde siglos arraigadas, despertándolo sobre adormideras consabidas, reconoció Juan.

Se amaban lejos de la bulla pública que entreveraba a los exilados, los juntaba y volvía a separarlos cruzando historias de pasados y presentes. La cama estaba en el suelo y ocupaba un buen espacio por lo que mucho tiempo estaban allí. Cuando venía el amor, la excitación subía paso a paso hasta que ella soltaba un insulto amoroso que los empujaba por un tobogán al cielo de la caída. Enseguida volvían a encumbrarse hasta el momento de sus dulces insultos y así, así.

Teresa trabajaba en una división de las Naciones Unidas dedicada a los refugiados y ahora recuerdo que fue allí donde se conocieron. No le contaba muchas cosas porque decían que eso los llevaba a estar siempre enchufados con lo mismo de todo el día. Preferían distraerse de la pesada carga de pasados con cosas sencillas y del momento. Sin embargo, muchos exilados ponderaron la inestimable ayuda dada

por ella, de su entrega hacia los que llegaban con lo puesto procurando el amparo de una legislación todavía nada clara ante la esquiva voluntad pública de los estados.

Después de un par de años se cansó de ese trabajo. Asociada con otras chicas, montó una escuela infantil para hijos de exiliados latinoamericanos. El caso singular es que los niños no pasaban de los tres años. Juan la sintió feliz en esa empresa y a veces sobresaltada porque la vida corría de prisa y los niños... Una vez demoró el servicio de la comida en el colegio, llegó un poco más tarde de la hora habitual. Nunca se supo por cuál incitación, agolpados frente a la dirección los parvulitos corearon la consigna “¡queremos comer, queremos comer!” Fue una de las tantas cosas que contaba Teresa con entusiasmo sobre la empeñosa escuela infantil donde seguramente nunca ganó un sueldo equivalente al de las Naciones Unidas. Pero “los hijos de los exiliados son maravillosos, prefiero estar con ellos” comentaba.

Un día invitó a mi amigo a una casa donde ella se reunía con un grupo de feministas. No tenía él muchas ganas de ir, pero consintió. La casa era antigua, vetusta y condenada a la demolición para hacer edificios de apartamentos. Todavía se pregunta cómo es que todos se tomaban con naturalidad –digamos fatalista– aquello. ¿Qué los volvía indolentes entonces? Pusieron una mesa en un patio con árboles como ya no se ven en ninguna ciudad. Tomaron café con tartas hablando de cualquier cosa, como los grupos de dinámica social o de terapia que no tienen temas. A la deriva esperan que los temas aparez-

EN TARTAL
Publicita en los programas de mayor audiencia
a través de **RATING PRODUCCIONES**
AGENCIA AUTORIZADA por: "EL COU"

"REPORTER 4"
Noticias de 20 a 22 hs
por este **VIDEOTAR**
"El secretario de la noche"
"Tarde de perros"
Lunes a Viernes de 18 a 19 hs
FM CONTACTO
Contacto: **VICTOR CHALA SERRANO**
Contrataciones:
03870-666714 - 421308
Calle Bolívar 64 - Tartagal

IOE Instituto Óptico León **IOE**
Caseros 484 Tel.: 4227996
Salta Capital

can por sí mismos, que broten en las bocas o germinen en quien menos se imagina. Juan se sentía uno más y muchas veces, uno menos. Trataba de no hablar mucho. Antes tomaba café y escuchaba.

En el patio hacía mucho calor, a la luz del sol temblaban las ondulaciones del verano. Sobre esa atmósfera pudo pensar tranquilamente en un caballo atado a la sombra aguardando el atardecer para salir al galope, en la piel de una iguana estaqueada contra la pared, en gordas serpientes trepando por el grueso tronco de una parra que había en ese patio, en sátiros, diablillos en realidad con rabo y el pene desnudo sopesando racimos de uvas negras, en incongruencias de infancia. El allí, por momentos un niño con ocho años subido a una escalera en casa de su abuela a la que había prometido bajarle las primeras uvas que estaban madurando. Mientras tanto los mayores tomaban café debajo del emparrado, entre los que estaba su tía, la última en casarse, joven y opulenta de sensualidad, infernal. ¿Por qué? Llevaba un vestido que era de los primeros con minifalda para andar por casa aún, con su marido al lado, tratando de unir las piernas y estirándose el vestido. Él, en la escalera y con miedo de caerse. La tía hablaba cosas que no entendía preocupado que estaba en justificar su elevación en la escalera para bajarle uvas a la abuela y al mismo tiempo no perderse las inquietas maniobras de la tía con el vestido. En un momento, no se sabe cómo llegó a descuidarse, se le abrieron las piernas y el niño no supo qué pensar, cómo sacudirse el azoramiento por el vello negro donde convergían. Qué horror, se dijo, tía yo no soy nadie, llévame contigo, hazme tu esclavo si es preciso, quiero dormir en tus tetas, perderme ahí como en un montón de leche y de cenizas, igual que tu marido el tonto del tío podría, soy pequeño pero capaz de amarte como no te amó nadie, el mundo, la vida, los lápices de colores y las hazañas del colegio son para ti. Nadie se enamoró nunca de esta forma y el colmo, dijo tu marido “se va a asustar”, porque hablaban de mí en relación al vestido corto de la tía, estupideces de familia pues ninguno supo que no llevabas bragas, sufrí tía de que no me miraras siquiera, sufrí que no lloraras conmigo, que no me ayudaras a bajar de la escalera cuando corrí peligro de caerme, un desvanecimiento ya sin las uvas que iba a cortar para la abuela, no abuela están verdes todavía le diría, ese racimo oscuro de pelos, las piernas desnudas al final del adorado túnel de fina piel de mujer joven... La oscuridad que lo aterró, sencillamente. Es probable que se dieran cuenta y se mintieran ellos, piensa ahora mi amigo, cuando de niño no sintió otra cosa que un ardor desconocido en el alma.

Enseguida preguntó por el baño, las imaginaciones eran muy fuertes. ¿Se trataba solo de memorias infantiles? Tenía que hacer algo que lo devolviera a un terreno más firme de presente. Las amigas de Teresa le dijeron que en un cuarto que estaba al fondo del patio lo encontraría. Allí fue. El instinto lo hizo desconfiar, pero la indicación resultaba verosímil y clara, en una casa condenada a la demolición podía darse la extravagancia de tener un baño en el extremo del patio. Lo cruzó a grandes zancadas mientras a su espalda quedaban las conversaciones de las chicas, cierta manera de hablar que por momentos le parecieron en claves desconocidas. Al fin, donde le habían dicho, estaba el baño, con un antiguo inodoro externo y su larga cadena para echar el agua. Un ventanuco le daba sobrada luz en la hora de la siesta. Entre el ventanuco y el depósito del agua, en un sitio en el que naturalmente tenía que mirar mientras vaciaba la vejiga, había un cartel escrito a mano que en grandes letras negras decía: “Desabroche el cerebro tanto como la bragueta”. Era evidente, lo pusieron para él. O para los hombres en general, pensó con optimismo. Vio que un lagarto dibujó su larga silueta en el blanco del depósito y bajando la cabeza dentro bebió agua. Luego vio un elefante que en el mismo sitio —no se sabe cómo se arreglaba eso con las dimensiones— levantaba y declinaba su trompa y él deseaba que el animal la dejara alzada porque en la reunión una chica había dicho que los elefantes son de la suerte cuando tienen la trompa hacia arriba. Deseó poderosamente la suerte mientras el elefante emitía un bufido desgarrado que se mezcló, se solapó debajo del mugido de la máquina de un carpintero que labraba tablones en una obra vecina. Inexplicable, pero después vio una cabra amamantando su vástago puesto de rodillas, vio una serpiente de cuentas de vidrios o de lunas amarillas y enseguida, absurdo, salió al patio pensando cómo marcharse, huir sin ser visto de esa casa que le enrareció la cabeza. Cuando volvió del baño, Teresa por sí misma o porque a sabiendas quiso aliviarlo de la lección subliminal preparada por sus amigas, ya estaba lista para que se marcharan de la casa. Ninguna preguntó por la impresión ante el cartel que había en el baño, aunque él sintió un tácito acuerdo en ello. Por si acaso no comentó nada, y por temor a que lo asaltaran las imaginaciones recientes, o le sobrevinieran infamantes torpezas en la conversación. Durante esa época la relación continuaba bien, con encuentros alternos y “apasionados” dijo mi amigo Juan. Al parecer, Teresa pensaba prosperar por nuevos rumbos que empezaban con su estudio del árabe. Luego planeaba otros destinos

profesionales, viajar, conocer países y gente. Daba por concluida la etapa de la Escuela Infantil al tiempo que ingresaba a trabajar en un Instituto de Investigaciones Sociológicas. Eso trajo un poco de dispersión en los encuentros que se volvieron esporádicos, hasta casi extinguirse.

La penúltima cita, unos años después, prolongaba el amor que hubo o aún había. Tanto que aún él recuerda la línea de metro que lo llevó a la nueva casa de ella, incluso la salida de la estación. No sabe por qué, pero la recuerda con precisión. En ese tiempo Teresa ya estaba situada en distintos planes de vida, con viajes constantes fuera de España. Después se instaló en Panamá, en aire de playas y de crepúsculo, más que de emprendimiento laborales.

Asimismo hubo un último reencuentro, antes de dejar España. Llamó mi amigo a su antiguo teléfono, que a su vez lo remitió a un teléfono móvil. Quedaron para cenar. Ella a primera vista estaba espléndida. La describió con fruición. El rostro suavemente maquillado, sombrero de ala ancha echado hacia adelante “en dirección a su nariz fina y algo respingada”. Color crema, el sombrero, con una cinta ancha en la copa, aclaró. Gafas de cristal leve, pañuelo rodeándole el cuello. Estaban felices de verse, de recuperar la risa, antesala de pensamientos ágiles, tocados de cierta ironía insospechada. (Con lo único que no ironizaba ella era con sus sobrinos, “los encargados de prolongar el apellido en el país de origen”, comentó). En un momento Teresa le dijo que se sentía muy bien, pero que no le iba a contar nunca todo lo que había pasado en ese tiempo de no verse. Operaciones complicadas, pero no quiero hablar de eso, agregó. Más bien le gustaba escuchar el relato que Juan iba trazando sobre su vida reciente. Escuchaba

con mucha atención y como sabiéndolo. Aunque le sonó algo extraño aquello, Juan continuó con el relato hasta rubricar “no hay más. O, sí. Mantenerme, resistir el avance de los años, querida”. Ella hizo una mueca rara... Y luego agregó, lo repito casi textual: “Ya tenemos que ir dejando algunas cosas fundamentales entre nosotros. Pasó la vida para ciertas cosas. Sabes, ahora vuelvo a vivir en los recuerdos. Cierro los ojos y estamos en aquellos días hermosos, pobres de economía y ricos de juventud y tesoros literarios. Estuve marcando tu futuro, me di a esa tarea. Por eso te regalé algunos libros. No me has defraudado. Me defraudó el paso de los años, de lo que solo salgo a flote recordando. La única manera de recuperar las vivencias de otro tiempo”.

Hoy que he tomado distancia de la historia, se me ocurre que si él pudiera recordar de la misma forma que ella, no andaría intentando hallarla en ánforas y representaciones. Uno se queda con imágenes que confronta a otras hasta cerrar una especie de conjunto aproximado y vivo con lo que tiene.

Aunque, la verdad, era de los pocos recursos que le quedaban. Me consta que Juan revolvió centenares de fotografías de aquella época sin encontrar ninguna donde se los viera juntos. O a Teresa sola. (Andaban aún en líos de clandestinidad y pensaban entonces que no era conveniente dejarle huellas al enemigo). “Si fuera como ella, no andaría tan perdido, dijo. En un abrir y cerrar de ojos podría sentirla a mi lado... Con su evanescente y muy concreta manera de estar en la vida, tan suya, y capaz de crear recuerdos más fuertes que la muerte”.

